

**CONDUCTA ANTISOCIAL, AMBIENTE FAMILIAR E INTERPERSONAL
EN ESTUDIANTES ADOLESCENTES DEL DISTRITO FEDERAL**

FRANCISCO JUÁREZ GARCÍA*, JORGE A. VILLATORO VELÁZQUEZ*, CLARA FLEIZ BAUTISTA*,
MA. ELENA MEDINA-MORA ICAZA*, SILVIA CARREÑO GARCÍA*,
NANCY AMADOR BUENABAD** Y PATRICIA BERMÚDEZ LOZANO**

* Dirección de Investigaciones Epidemiológicas y Psicosociales
Instituto Nacional de Psiquiatría *Ramón de la Fuente* Muñiz

** Dirección de Fomento a la Salud
Secretaría de Educación Pública

Las conductas antisociales aumentan su frecuencia principalmente cuando las personas llegan a la pubertad, manteniéndose durante los años posteriores, y por lo general desaparecen cuando son adultas. Para la mayoría de los individuos, no existe una motivación específica para actuar de esa manera, la conducta antisocial es temporal y situacional, y se presenta de manera muy común en la población, especialmente en los adolescentes (Moffit, 1993).

Los factores causales son tal vez inmediatos e incidentales, específicos de esta etapa del desarrollo (Moffit, 1993), asociadas a la predisposición que muestran los adolescentes para experimentar situaciones nuevas en la búsqueda de su propia identidad (De la Fuente, Medina-Mora y Caraveo, 1997) y que hacen que este período sea particularmente crucial, ya que se incrementa la posibilidad de aprender normas desviadas (Oetting y Donnermeyer, 1998).

La adolescencia es entonces una etapa en la que existe mayor vulnerabilidad y conflicto. Es la época en que los muchachos son más influenciados y en la que afirman los patrones de conducta que seguirán en la vida adulta.

Por otro lado, la complejidad del orden social actúa también sobre los choques entre las generaciones y contribuye a agravar los conflictos con los adultos. Los adolescentes traban, por lo general, conocimiento con otros grupos que tienen escalas de valores diferentes a las suyas. Las contradicciones entre la moral de la familia y del mundo exterior pueden engendrar conflictos particularmente violentos durante la adolescencia (Coleman y Husén, 1989). El comportamiento delincuente y antisocial en adolescentes se presenta por pobres prácticas de crianza familiar, sobre todo, interacciones coercitivas y pobre monitoreo, que los llevan a relacionarse con pares desviados (Patterson, DeBaryshe y Ramsey, 1989).

La conducta social en general, incluyendo al uso de drogas y la conducta desviada, es aprendida desde edades tempranas en el contexto de las interacciones con fuentes de socialización como son la familia, la escuela y los grupos de pares (Oetting y Donnermeyer, 1998). En esos ambientes los padres, los maestros y los amigos, son importantes transmisores de normas y valores, tanto prosociales como antisociales, hacia los jóvenes.

La conducta antisocial en estudiantes adolescentes en México ha sido revisada en trabajos previos (Castro, Rojas y De la Serna, 1988; Castro, García, Rojas y De la Serna, 1988; Castro, 1990). Entre los resultados más importantes se tiene que el hecho delictivo más frecuente, en una muestra de estudiantes de Colegio de Bachilleres del área metropolitana del Valle de México, lo constituían la participación en riñas, seguido por golpear o dañar cosas que no les pertenecían, golpear o herir a personas y tomar un auto sin permiso del dueño, en un rango de 5.5% a 13.9% de alumnos que los cometieron en el año previo a la aplicación del instrumento (Castro, Rojas y cols., 1988). En otro estudio, con una muestra nacional de estudiantes de nivel medio y medio superior, se encontró que 25.4% de la población había cometido al menos un acto antisocial (Castro, Gacía y cols., 1988).

Para estudiantes del Distrito Federal, se encontró que el 32.2% de ellos cometió al menos una conducta antisocial (Juárez, Medina-Mora, Berenzon, Villatoro, Carreño, López, Galván y Rojas, 1998). Este equipo de investigadores analizó la estructura de la escala de actos antisociales por primera vez y observaron dos áreas: los robos y violencias con 26.8% de la muestra que los llevaron a cabo, y delitos de mayor gravedad en cuanto a las consecuencias legales y sociales, efectuados por el 17.6% de los estudiantes. Se observó también que los hombres cometen más actos, en cualquiera de las áreas, que las mujeres (Juárez y cols., 1998).

Esta investigación incluyó también un modelo para predecir la conducta antisocial con base en algunos datos sociodemográficos y el uso de sustancias. Se encontró que, para los actos delictivos con consecuencias sociales graves, los principales factores de riesgo son: el ser hombre, usar drogas legales, usar drogas ilegales, el usar ambos tipos y usar alcohol, así como el vivir en ciudades. Para el área de robos se observó una situación similar ya que los principales factores son representados por las mismas variables que para actos antisociales graves. Además se descubrió que para ambos tipos el haber estudiado y el haber trabajado durante el año anterior a la

aplicación del instrumento son factores protectores en contra de cometer actos antisociales (Juárez y cols., 1998).

Sin embargo, en esta población no se había indagado sobre la relación de las instancias socializadoras con el comportamiento antisocial. Es así que la presente investigación tuvo como objetivo evaluar un modelo para explicar la relación existente entre el ambiente familiar e interpersonal de adolescentes estudiantes del Distrito Federal, México, con los valores de convivencia social presentados por los mismos, como predictores para cometer conductas antisociales.

MÉTODO

Se llevó a cabo un estudio correlacional de campo que forma parte de la medición otoño de 1997 de un trabajo de tipo epidemiológico sobre el uso de sustancias en estudiantes del Distrito Federal, es una fase más del seguimiento de una serie de mediciones llevadas a cabo por la Secretaría de Educación Pública y el Instituto Nacional de Psiquiatría desde la década de los 70's (Villatoro, Medina-Mora, Cardiel, Fleiz, Alcántar, Hernández, Parra y Néquiz, 1999).

PARTICIPANTES

El diseño muestral fue estratificado por el tipo de escuela, bietápico y por conglomerados, eligiendo en un primer momento a una escuela y después al grupo de alumnos, en ambas fases la selección fue completamente aleatoria (Villatoro y cols., 1999). Los análisis del presente trabajo se hicieron en una muestra conformada por 3, 600 estudiantes adolescentes alumnos de nivel medio (12 a 15 años de edad) y medio superior (15 a 18 años aproximadamente) de la Ciudad de México.

INSTRUMENTO

Se utilizó un cuestionario estandarizado autoaplicable conformado por las siguientes secciones:

a) Escala de Conducta Antisocial (Juárez y cols., 1998): se pregunta sobre si han cometido una serie de conductas en el último año previo a la encuesta. Estas se dividen en dos tipos: robos y violencia (Golpear o dañar objetos o propiedades; Tomar parte en riñas o peleas; Tomar mercancía sin pagarla; Golpear o herir a alguien; Tomar valores por \$50.00 pesos o menos; Prender fuego a objetos), y actos antisociales social y legalmente más graves (Usar un cuchillo o pistola para robar; Vender drogas; Tomar valores por \$500.00 pesos o más; Atacar a alguien usando algún objeto o arma; Forzar

cerraduras). La escala final representa el número de conductas que llevaron a cabo los estudiantes en cada una de las áreas.

b) Escala de Ambiente Familiar, se compone por los siguientes elementos: comunicación del hijo, apoyo de los padres, comunicación de los padres y apoyo significativo del hijo (Villatoro, Andrade-Palos, Fleiz, Medina-Mora, Reyes y Rivera, 1997). En este caso el mejor ambiente familiar está definido por una calificación mayor.

c) Valores de convivencia social (Villatoro y cols., 1999): Patrones de comportamiento ante otros: Prefiero pelearme con mis papás que mostrarles mi cariño; Si cometo un error, prefiero que castiguen a otra persona; Hago lo que quiero aunque afecte a las demás personas que me rodean; Trato de lograr lo que quiero aunque lastime a los demás; Si necesito mentir para lograr mis objetivos, lo hago; Prefiero ayudar a los demás solo cuando obtengo algo a cambio; Si me peleo con mis papás o amigos, pienso más en lo enojado que estoy que en el cariño que les tengo; Si me peleo con alguien no me importa que castiguen a otra persona por eso; Puedo dañar a los árboles y a las flores ya que se pueden volver a plantar; Trato de lograr lo que quiero, aunque lastime a las personas que me rodean. La calificación más alta de esta escala indica más valores positivos.

d) Qué tan frecuentemente los estudiantes obedecen a maestros, qué tan frecuentemente obedecen a sus padres, qué tan frecuentemente hacen caso a los consejos de amigos, estas preguntas se unieron en un factor llamado ambiente interpersonal (Villatoro y cols., 1999). Entre más hagan caso a padres maestros y amigos se tiene una mayor calificación.

PROCEDIMIENTO

El instrumento fue aplicado de manera individual en el salón de clases de las escuelas seleccionadas, se capacitó a los encuestadores con objeto de dotarlos de estrategias para tratar con los adolescentes, asegurarles el anonimato y lograr su cooperación. Una vez capturados y verificados los datos se llevaron a cabo los análisis estadísticos: frecuencias para la descripción de las características de la muestra y además se probó un modelo estructural de ecuaciones por sexo con objeto de explicar la influencia del ambiente familiar, interpersonal y los valores de convivencia social, así como las relaciones de estas tres áreas, sobre la conducta antisocial en adolescentes, mediante el paquete EQS para Windows versión 5.6 (Bentler y Wu, 1995).

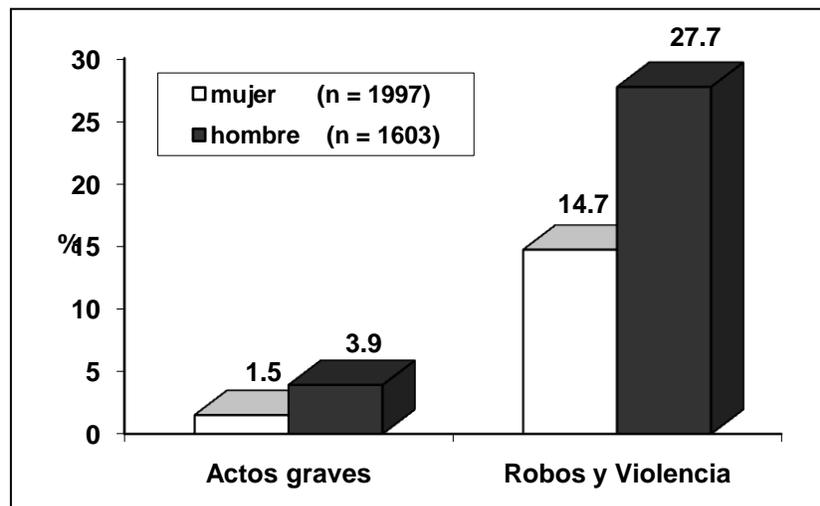
RESULTADOS

El 55.5% de la muestra fueron mujeres y el 45.6% hombres, 63.9% tenían menos de 16 años al momento del estudio. Con respecto a la conducta antisocial, 21% de la muestra llevó a cabo algún tipo de acto antisocial. Al separar los dos tipos de comportamientos se observa que el 20.5% del total de la muestra cometieron robos y violencia y 2.6 % se involucraron en actos con consecuencias más graves.

Cómo se puede apreciar en la gráfica 1, se tiene que tanto los hombres como las mujeres cometen una mayor cantidad de robos y violencia, y en menor medida actos más graves. Sin embargo para los dos tipos hay una proporción de aproximadamente el doble de hombres que realizan conductas antisociales con relación a las mujeres.

GRÁFICA 1:

TIPO DE CONDUCTA ANTISOCIAL POR SEXO



Por otro lado, en el modelo de ecuaciones estructurales se observó que los resultados obtenidos son similares entre hombres y mujeres (ver figura 1). Se encontró que el modelo de medición para ambiente familiar agrupa a aspectos de comunicación del hijo, comunicación de los padres, apoyo de los papás, así como el apoyo del hijo. Por su parte el ambiente interpersonal se compone de las relaciones con padres, maestros y amigos en el sentido de obedecerlos o seguir sus recomendaciones. Con relación a la conducta antisocial se puede apreciar que se encuentra conformada por las áreas llamadas robos y violencias por un lado y comportamientos de consecuencias más graves por el otro. En cada uno de estos tres modelos de medición las cargas factoriales son mayores a 0.40.

Al revisar las relaciones entre variables, se observa una asociación entre los ambientes interpersonal y familiar, además de que ambos se correlacionan con los valores que presentan los adolescentes. Finalmente los valores de los jóvenes, predicen negativamente a la conducta antisocial, así como las relaciones interpersonales contribuyen prediciéndola negativamente.

DISCUSIÓN

Aunque los hombres cometen una mayor cantidad de actos antisociales, se puede apreciar que las variables que predicen este tipo de comportamiento son igualmente importantes para ambos sexos.

A partir del modelo evaluado, se puede observar que los medios de socialización como la familia, los maestros y los amigos, juegan un papel importante en la transmisión de pautas de comportamiento y para involucrarse, o no hacerlo, en conductas antisociales.

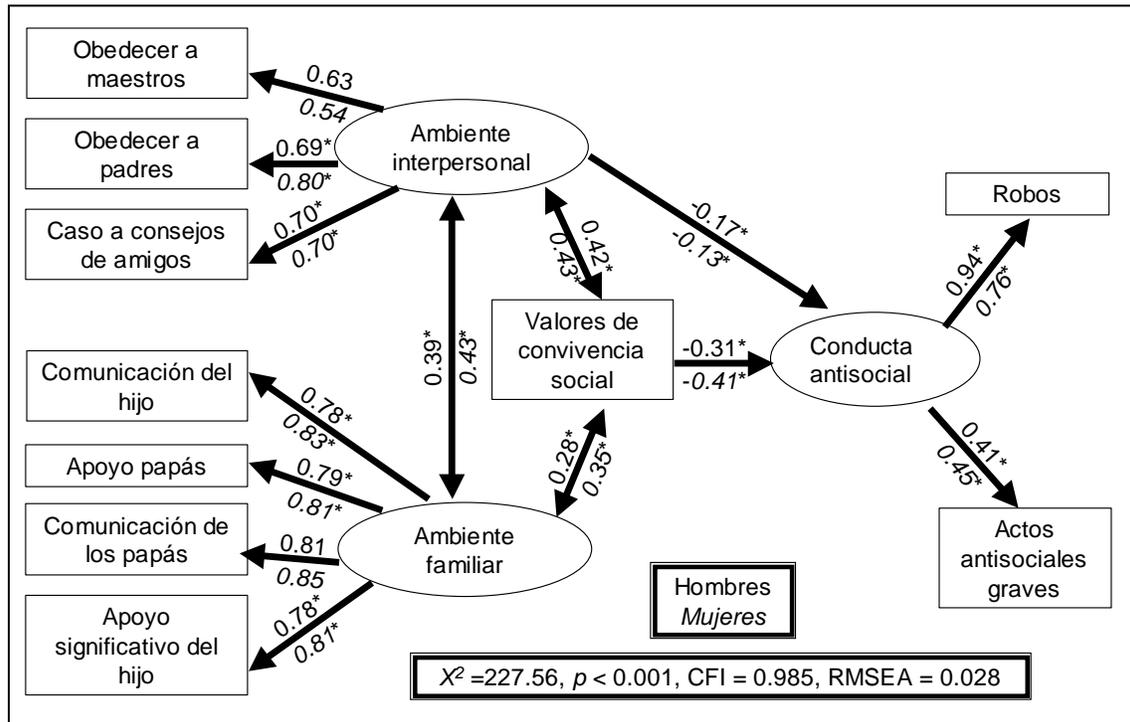
Asimismo, el ambiente familiar, como un reflejo de las situaciones que el adolescente vive con sus padres, se asocia a la forma en que se relaciona con otros y la fuerza con que se transmitirán valores, que a su vez actúan como mediadores para la ocurrencia de la conducta antisocial.

Sin embargo, cada vez son más las presiones de tipo económico que llevan a las familias a desatender la crianza de los hijos y los jóvenes están cada vez más expuestos a situaciones de riesgo ante el incremento de la disponibilidad de drogas, así como de la exposición a la violencia y la delincuencia.

Los resultados sugieren que las relaciones interpersonales con padres, maestros y amigos influyen en la transmisión de valores y protegen de la ocurrencia de las conductas antisociales. Es importante entonces fomentar que estas instancias socializadoras transmitan los valores que los protejan para no involucrarse en conductas antisociales, brindando herramientas que integren más al estudiante con la escuela, con su familia y con grupos de pares en los que el comportamiento antisocial no esté presente, propiciando las actividades prosociales.

FIGURA 1.

Modelo de Conducta Antisocial por Sexo



Por otro lado, se encontró que un buen ambiente familiar facilita el tener más valores que impiden el involucrarse en actos delictivos, por lo que, ante la necesidad actual de dejarlos más tiempo solos, con la consecuente dificultad para supervisarlos más cercanamente, se deben ofrecer herramientas para que las familias aprendan a tener una mayor calidad en sus relaciones con los adolescentes, situación que facilita la transmisión de normas y valores para que los jóvenes puedan evitar situaciones negativas.

Actualmente se están haciendo esfuerzos para lograr esas metas. De manera institucional, la Secretaría de Educación Pública ha creado el programa preventivo PEPCA, retomando aspectos relacionados a normas y valores (Secretaría de Educación Pública, 1995). Además existen otros grupos trabajando con programas preventivos dirigidos a los adolescentes, un ejemplo de estos es el equipo formado por Castro y colaboradores, que desarrollaron un modelo basado en factores de riesgo y que maximiza la capacidad del individuo para enfrentarse exitosamente a riesgos (resiliencia) (Llanes, Castro y Margain, 2001).

Sin embargo, falta mucho trabajo para adecuar y probar su funcionamiento ante diversos entornos, modelos como el aquí presentado sirven de guía para conocer sobre

qué áreas se debe incidir para una mejor instrumentación de los programas preventivos y la comprobación posterior de su efectividad.

REFERENCIAS

- Bentler, P. M. y Wu, E. J. C. (1997). *EQS for Windows 5.6 program*. USA.
- Castro, M. E., Rojas, E. y De la Serna, J. (1988). Estudio epidemiológico sobre el uso de drogas y problemas asociados entre la población estudiantil que asiste a los planteles de Bachilleres. *Salud Mental*, 11(1): 35-47.
- Castro, M. E., García, G., Rojas, E. y De la Serna, J. (1988). Conducta antisocial y uso de drogas en una muestra nacional de estudiantes mexicanos. *Salud Pública de México*, 30(2): 216-226.
- Castro, M. E. (1990). Indicadores de riesgo para el consumo problemático de drogas en jóvenes estudiantes. Aplicaciones en investigación y atención primaria dentro del plantel escolar. *Salud Pública de México*, 32(3): 298-308.
- Coleman y Husén, (1989). *Inserción de los jóvenes en una sociedad en cambio*. Narcea, S. A. de Ediciones. España.
- De la Fuente, R., Medina-Mora, M. E. y Caraveo, J. (1997). *Salud mental en México*. Instituto Mexicano de Psiquiatría y Fondo de Cultura Económica. México.
- Juárez, F., Medina-Mora, M. E., Berenzon, S., Villatoro, J., Carreño, S., López, E., Galván, J. y Rojas, E. (1998). Antisocial behavior: its relation to selected sociodemographic variables and alcohol and drug use among Mexican students. *Substance Use and Misuse*, 33(7): 1437-1459.
- Llanes, J., Castro, M. E. y Margain, M. (2001). *Chimalli: Modelo preventivo de riesgos psicosociales. Protección de la comunidad ante adicciones y violencia: Estrategias de intervención*. Editorial Pax. México.
- Moffitt, T. E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100(4): 674-701
- Oetting, E. R. y Donnermeyer, J. F. (1998). Primary socialization theory: The etiology of drug and deviance I. *Substance Use and Misuse*, 33(4): 995-1026.
- Patterson, G. R., DeBaryshe, B. D. y Ramsey, E. (1989). A developmental perspective on antisocial behavior. *American Psychologist*, 44(2): 329-335.
- Secretaría de Educación Pública, (1995). *Programa de educación preventiva contra las adicciones (PEPCA)*. SEP. México.
- Villatoro, J., Andrade-Palos, P., Fleiz, C., Medina-Mora, M. E., Reyes, I. y Rivera, E. (1997). La relación padres-hijos: una escala para evaluar el ambiente familiar en adolescentes. *Salud Mental*, 20(2): 21-27
- Villatoro, J., Medina-Mora, M. E., Cardiel, H., Fleiz, C., Alcántar, E., Hernández, S., Parra, J. y Néquiz, G. (1999). La situación del consumo de sustancias entre estudiantes de la Ciudad de México: medición otoño 1997. *Salud Mental*, 22(2):18-30.